

Reproducido en www.relats.org

**LECTURAS SOBRE FUTURO DEL TRABAJO
DESDE EL PRESENTE**

RICHARD SENNETT

UN ARTICULO Y UN REPORTAJE

2011-2012

**I.El capitalismo ya no trata en serio el problema del
desempleo**

The Guardian, 2011

Sería bueno creer en el discurso de Obama de la semana pasada, referido a cómo recuperar puestos de trabajo. Más allá de su sinceridad, ni Estados Unidos ni Gran Bretaña eligen las herramientas adecuadas para paliar el drama de los que ya se cuentan por millones. Fue un discurso conmovedor. El presidente Obama prometió a los estadounidenses que los va a ayudar a volver a trabajar . El gobierno proporcionará más respaldo a los desocupados y

los docentes; reconstruirá una infraestructura deteriorada; otorgará reducciones de impuestos a empleados y empleadores por igual; gravará a los extremadamente ricos. Quería creerle cada palabra.

¿Pero podrá, en un acto de magia, sacar un conejo de la galera? Durante sus primeros tres años de gestión, Obama descuidó los problemas de los trabajadores estadounidenses porque estuvo mal asesorado. Quienes dirigían su equipo económico, sobre todo Timothy Geithner y Lawrence Summers, se concentraron en la banca. Esos asesores consideraban que restablecer las fortunas de Wall Street era, llegado el momento, la clave para la creación de empleo. En los últimos tiempos, Obama ha incorporado personas con más idoneidad en temas laborales, pero tienen que hacer frente a problemas muy profundos del mundo del empleo .

La mayor parte de quienes escuchan al presidente son más que conscientes de que son demasiadas las personas que aspiran a una cantidad ínfima de empleos, en especial los buenos empleos. Eso no es producto de la recesión. Durante más de una generación, la prosperidad económica de Europa y los Estados Unidos no ha dependido de una fuerza laboral local robusta, dado que el trabajo que necesitan las empresas puede hacerse de manera más barata, y a menudo mejor, en otra parte.

La revolución digital por fin concreta una vieja pesadilla: que las máquinas puedan reducir la necesidad de mano de obra humana . Para 2006, ese “efecto de reemplazo” era de 7% anual en el sector de servicios. Por otra parte, la viabilidad del trabajo de por vida en una empresa ya pertenece al pasado. El resultado de esos cambios es que hace mucho tiempo que los trabajadores occidentales conocen la inseguridad y el fantasma de la inutilidad.

Obama no abordó esos problemas estructurales en su discurso. ¿Cómo podía hacerlo? Se trata de los hechos más descarnados del capitalismo moderno, y los enemigos del presidente hace mucho que lo acusan de ser un socialista encubierto. Obama siempre se ha definido como centrista. Por esa razón enfrenta el mismo dilema que David Cameron en estilo centrista: ambos tratan de reducir el gobierno y estimular la economía.

Los 447.000 millones de dólares que Obama promete gastar parecen mucho, pero el dinero que se pone de inmediato sobre la mesa es mucho menos, ya que las reducciones impositivas tienen por objeto concretar la parte más importante de la creación de empleo.

Esas medidas “efectivas en términos de costos” no significan gran cosa en lo relativo a abordar la gran magnitud de los problemas laborales. Invertir en proyectos de construcción supone una rentabilidad excelente. Sin embargo, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, el desempleo entre los jóvenes no calificados ronda el 22%. Hace falta mucho dinero y capacidad de reversión para hacerlos competitivos en el mercado laboral.

La cantidad de personas que padece un subempleo involuntario es en la actualidad de alrededor del 14% en ambos países. Se trata de trabajadores cuya riqueza declina de forma drástica cuando trabajan menos. Su ingreso necesita respaldo, pero también eso exige gran cantidad de fondos gubernamentales.

Los Estados Unidos calculan el desempleo de manera peculiar. Sus estadísticas oficiales no comprenden el subempleo ni la gente que no tiene trabajo durante más de

seis meses, a la que clasifica como “trabajadores desalentados”.

Economistas que no pertenecen al gobierno estiman que suman entre tres y cinco millones de personas que sin duda están desalentadas, padecen crisis familiares, alcoholismo y depresión, situaciones que se agravan a medida que persiste el desempleo.

El remedio estadounidense para esa situación es similar a la idea que subyace en la “gran sociedad” británica: dejar las cosas en manos de iglesias, asociaciones de voluntarios y “la comunidad”, que pasan a lidiar con las consecuencias personales y familiares del desempleo prolongado. En la práctica, eso significa que las personas tienen que arreglárselas solas, dado que un efecto muy real de la recesión ha sido la mendicidad ante muchas de esas instituciones de la sociedad civil.

La “relación especial” tiene una vuelta de tuerca perversa en el ámbito laboral. Nuestras dos sociedades tienen gran cantidad de empleados víctima de la inseguridad y cuyos problemas los gobiernos centrales abordan de forma tímida.

Pero hay soluciones reales para los problemas del trabajo, y puede vérselas en el norte de Europa: en Escandinavia, Alemania y los Países Bajos. Esas economías más equilibradas han evitado el capitalismo financiero angloestadounidense. Sus gobiernos protegen a las empresas establecidas, sobre todo a las chicas, y proporcionan capital para el crecimiento cuando los bancos no lo prestan.

Noruega y Suecia han coordinado esfuerzos para incluir a los jóvenes en los empleos para principiantes, y tienen un desempleo juvenil de alrededor del 8%. Los alemanes dedican grandes recursos a la capacitación de la juventud, mientras que los holandeses complementan los sueldos de

los empleados que trabajan media jornada. Hace mucho que las fábricas del norte de Europa analizan cómo abordar la automatización de manera humana . ¿Por qué no aprendemos de ellos? La elite angloestadounidense se opone con todas sus fuerzas a actuar como los europeos del norte: en Noruega no hay una City londinense, ni existe Apple. Eso genera una paradoja: nuestros grandes países piensan en chico respecto del trabajo y sus problemas.

Tal vez sea cierto que la economía estadounidense es tan global y compleja que es poco lo que puede hacerse para resolver sus problemas en el plano interno. Pero Gran Bretaña tiene aproximadamente las mismas dimensiones que Alemania, y su ADN cultural es europeo del norte.

A pesar de que siento una gran admiración por Obama, después de su discurso no pude evitar pensar que se le ha acabado el tiempo.

Piensa que sus reformas van a tener un efecto real durante los catorce meses anteriores a las elecciones. Sin embargo, a juzgar por el pasado, hacen falta unos tres años de medidas de estímulo gubernamental para que éstas tengan efecto en la economía de los Estados Unidos. Si las propuestas de obras públicas e impuestos de Obama se instrumentaran mañana, sus modestos efectos se sentirían durante la gestión del presidente Perry. En Gran Bretaña, el deterioro de las instituciones públicas consecuencia de la gran sociedad actual va a ser problema del primer ministro Miliband. Para romper con esa herencia maldita, en Gran Bretaña tenemos que empezar a pensar en grande y a actuar de forma decisiva respecto del trabajo, al igual que nuestros vecinos cercanos del norte.

Su padre era anarquista y su madre, comunista. ¿Cómo impactó esto en su relación con las ideologías?

Es complicado. Para mí, que he sido siempre una clase de socialista demócrata, esto nunca fue un tema. Pero dada la experiencia de mi madre en el partido comunista, también he sido muy anticomunista. Es una posición común de la izquierda. No creo que haya nada muy original en mi posición. Lo único que difiere de la situación de los europeos y los latinoamericanos que se paran en el mismo lugar, es que la experiencia del macartismo en los Estados Unidos en los años 50 hizo que el anticomunismo fuera una posición muy corrupta. Si lo puedo expresar de esa manera. Ser anticomunista también podía ser parte de este movimiento que perseguía tanto comunistas como no-comunistas. O sea, cualquiera de la izquierda. Entonces, por ejemplo, cuando yo estaba en la escuela, el FBI tenía agentes posicionados en el lugar de recreo para observar con quién jugaba. Y después iban con los padres de esos chicos para intentar averiguar cosas sobre mi madre. Esto hizo que las cosas fueran muy complicadas para ella. Pero por mi lado, me identificaba con algo llamado el Port Huron Statement (La declaración del puerto Hurón) que fue una especie de manifiesto democrático socialista que se emitió en 1962 en los Estados Unidos. Fue el comienzo de la nueva izquierda. Me he mantenido en esa posición. ¿Eso responde a su pregunta?

Sí, pero entonces las artes, la música y la literatura, que tienen una influencia central en su método sociológico, ¿reemplazan el lugar de la ideología política No, para nada. ¿Por qué tendrían que hacerlo?

II.REPORTAJE, 2012

Porque a veces parece que sus libros no están atravesados por una ideología. ¿Sí?

Sí, y puede parecer que ese lugar, el de la política en el método sociológico, es ocupado por experiencias y posiciones que provienen del mundo de las artes, la música... Bueno, yo diría que lo que me ha interesado en todo lo que he escrito es el énfasis en la relación entre la cultura y la sociedad. Y la mayoría de lo que se escribe en este dominio ve a lo social como una especie de fundación para lo cultural. Ven a la cultura como una especie de representación de lo social. Para mí esto es un error. Creo que la cultura trabaja sobre condiciones sociales. Funciona al mirar los poderes expresivos que tienen las personas, su autoconocimiento, el conocimiento que tiene cada uno de los otros. Ese es el tema que realmente he estado intentando explorar: es la interacción entre lo cultural y lo social, en vez de mirar representaciones de lo económico y lo social en el dominio cultural.

Hablando personalmente –ya que mi propia formación es como músico; había estado en la universidad apenas un rato cuando me convertí en sociólogo– lo que sé sobre cosas como la cooperación, la personalidad, la esfera pública, la *poiesis* –creación de las cosas– la experiencia directa que tengo de estas cosas es como artista. Pero lo que he intentado hacer es ver dónde las dos áreas se cruzan. Dónde los poderes expresivos de las personas se cruzan con condiciones sociales que van más allá de ellas, y de condiciones económicas que van más allá de su propio hacer.

Si fuera músico y no sociólogo, ¿sería más feliz?

¡Sí! (pausa, y carcajadas).

Hablando de carreras alternativas tuyas, en los ochenta escribió tres novelas. ¿Por qué?

Es una pregunta complicada. Sentí, después de haber escrito el libro *El declive del hombre público*, que ya no tenía nada más para decir. Y que estaba comenzando a escribir pobremente. No escribí ficción porque me quería convertir en un novelista, en un sentido profesional, sino porque quería rejuvenecer mi escritura. Fue muy doloroso para mí, no soy un novelista natural. Una de las novelas, **Palais-Royal**, es una buena novela. Las otras dos no lo son. Son malas. Fue una transición. Fue como volver al taller para recuperar un poder de escritura. Y además, estaba tan deprimido por las condiciones de la sociología académica en los 70, me sentía tan estéril y poco imaginativo que pensé: “tengo que parar de hacer esto”. Pero se debió, principalmente, al hecho de que... Miren, yo he vivido mucho tiempo y pasa en la vida de cualquier intelectual que sientes que has llegado al fin de la línea con algo. Sientes que ya has dado todo. Así me sentía después de escribir *El declive del hombre público*. Ahora lo puedo leer y creo que es un buen libro, pero en su momento me había fulminado.

Y cómo se siente ahora, en ese sentido. ¿Se siente vital con su escritura?

Ahora estoy haciendo una trilogía de libros sobre el *homo faber*, integrada por *El artesano* y *Together* (aún no traducido al castellano). Estoy profundamente metido en el tercero, *El narrador*, en este momento. Pero realmente

siento que seguiré escribiendo, siempre mientras mi mente siga activa.

Ha dicho que quiere escribir sociología, pero como literatura...El tipo de escritura que hago es, en términos anglosajones, la recuperación de una vieja forma, que es el ensayo. Para ustedes, en el mundo hispanohablante, esto nunca se murió. Es algo que hacen los poetas, los novelistas –o, por ejemplo, mi gran amigo Italo Calvino, él siempre escribía ensayos. En el mundo anglosajón el formato del ensayo realmente se ubicaba dentro de la literatura previa a la Primera Guerra Mundial. Y después se convirtió, por un lado, en periodismo, que no era muy complejo; y por el otro lado, en lo académico. Entonces para mí esto es un proyecto para hacer que la crítica social sea una forma de literatura.

Sabemos que conoció a Borges. ¿Nos puede contar algo sobre ese encuentro? En los años 70 yo era el director del Instituto de Nueva York para las Humanidades. Ese era mi trabajo universitario. Tenía un enfoque muy internacional en un momento en el cual la cultura de Nueva York se miraba demasiado a sí misma. Invitábamos a todos los escritores de afuera que podíamos. Y, por supuesto, lo invitamos a él. Vino con su esposa, María Kodama. ¿Ella vive aún?

¡Sí! ¡Está muy viva! Defiende el legado de Borges tenazmente. Me imagino. Es lo que llamaríamos un tigre. Sí, es un tigre. Bueno, él vino a Nueva York. Tengo que confesar que, antes de conocerlo, yo no respondía particularmente bien a la escritura que hacía porque había sido puesto en la categoría del posmodernismo, en la que yo no confiaba demasiado. Pero cuando lo oí hablar me resultó muy conmovedor. Tampoco me resultaba mucho su

postura política, que me parecía difícil de leer. Pero, repito, cuando lo oí hablar me conmovió mucho.

Les cuento una anécdota graciosa sobre esto: él vino a cenar a mi casa. Yo tengo una gran pasión por cocinar, y, por supuesto, me preguntaba: “¿Qué se le sirve de cenar a un hombre ciego?” Terminaron viniendo como treinta personas esa noche. Es mucho trabajo cocinar para tanta gente y yo hago todo. Mi esposa es incapaz de cocinar nada...

¿Usted puede cocinar para 30 personas?

Fácilmente. Me encanta hacerlo. Entonces, vino Borges. Y fue asombroso. Debe de haber sido por la ceguera, ya que reconocía por el olfato todas las comidas antes de probarlas. Fue la noche más satisfactoria que he tenido jamás sirviéndole a alguien de comer. La comida era servida en porciones muy pequeñas, y él estaba muy agradecido por eso. Le preparé comida del sur estadounidense, que es una cocina muy fragante... Fue una noche maravillosa.

He cocinado mucho porque cuando perdí el uso de mi brazo la única actividad física que podía hacer era agarrar una olla y un cuchillo. No mucho más que eso... Cocinar se convirtió en algo físico que pude hacer todos los días. Así que aprendí a cocinar. Cuando después me casé con Saskia (Sassen) ahí sí tuve que cocinar.

*Ya que estamos hablando de temas “argentinos”,
¿queríamos conocer su opinión sobre el psicoanálisis?*

¡La gran obsesión de todos los argentinos!

¿Cuáles son los autores y que es lo que más le interesa del psicoanálisis?

Tengo interés en Freud como teórico y especialmente como teórico cultural. Yo lo leo como leo a Thomas Mann. De la ciencia sobre la que escribe no sé nada. Pero tengo dudas sobre todo tipo de terapia. La mejor terapia es el placer. Realmente no sé nada sobre esto en términos de una ciencia aplicada. Diría que lo interesante para mí, acá en Gran Bretaña –donde paso la mayor parte de mi tiempo– es que así es como ellos lo leen. No como un padre, sino como un escritor. Un escritor que pertenece a un momento muy particular.

Tal vez sepan que estudié con Hannah Arendt. Ella odiaba el psicoanálisis. Tenía un odio visceral por la medicalización de la subjetividad. Yo no tengo ese mismo odio visceral. Creo que ella también sintió que Freud tendría que haber hecho más para combatir a los nazis. En mi crianza lo que me enseñaban era que esto era una práctica muy, muy mala (el psicoanálisis). Pero yo no he encontrado que sea así. Encuentro que Lacan es muy decepcionante como escritor. Para mí es menos interesante que Freud. Porque Freud muestra más de sus contradicciones y sus heridas. ¡Pero si imprimen eso todos los lacanianos me van a perseguir!

Y usted fue amigo de Foucault. ¿El tuvo influencia sobre usted?

Claro, claro, por supuesto.

¿En qué medida?

No soy foucaultiano, pero... Yo creo que él fue, más que nada, un escritor. Ensayos como *Locura y civilización* o *Vigilar y castigar*, son ejemplos poderosos de escritura. Pienso que su método histórico fue algo extremadamente productivo. Encontró maneras de conjugar teoría con experiencia histórica de un modo absolutamente fantástico. En particular, en los últimos tres libros que escribió, hacia el final de su vida. Esos libros son asombrosos. Como ejemplos sobre cómo escribir historia filosófica son extraordinarios.

Lo que nunca compartí fue la relación que él tenía con el poder fundamental, la capilaridad del poder. A veces me parecía paranoico. Pero fue una amistad donde había suficiente espacio como para que el hecho de que tuviéramos temperamentos muy distintos nunca impidió que fuéramos amigos. Entonces, por supuesto, fue una presencia muy importante en mi vida.

¿En qué etapa del capitalismo considera que estamos actualmente?

Bueno, usted sabrá donde estamos. En Europa estamos en el colapso del capitalismo neoliberal. No sé cómo es en Argentina, pero creo que lo que pasa en Europa y los Estados Unidos es que se ve un colapso del orden neoliberal junto con una falta de voluntad para hacer algo diferente. En la izquierda cuando la gente piensa sobre qué hacer, piensa en restaurar el *statu quo*. Eso es sobre lo cual Clinton y Obama se la pasan pensando. Cómo restaurar el orden viejo para que funcione mejor y para que

sea más humano y todo eso. En vez de repensar las cosas básicas, por ejemplo, la relación entre las finanzas y el empleo. Lo cual sería una proposición mucho más radical.

¿Cómo imagina lo que viene, el futuro? No sé por cuánto más tiempo durará esto, este período de decadencia; pero lo que me preocupa particularmente es que la izquierda no está siendo lo suficientemente radical en su crítica sobre lo que está mal. O la alternativa es que ves personas sacando críticas marxistas agotadas que Marx mismo hubiera odiado. ¿Se entiende lo que digo? Criticas bien mecánicas. Hay parálisis en los dos lados. El sistema está paralizado y sus críticos están paralizados.

El mundo está en crisis permanente. Europa, los Estados Unidos, girando otra vez hacia la derecha...

Sí, por supuesto. Eso es una de las cosas que la gente hace cuando tiene una situación estática. La gente se imagina que tiene que volver a lo que conoce. Algo en lo cual pueda confiar. ¿Saben que el capitalismo no es un proceso lineal? Es un proceso cíclico. Entonces la pregunta que yo tengo sobre todo esto es: ¿Qué pasará en un país como Brasil cuando ese ciclo inevitable comience su declive? Ya está comenzando en China e India. La idea de que el neoliberalismo, las economías del mercado, son formas de vida sostenibles es una fantasía. Es simplemente una fantasía. Cuando la gente se encuentra en el lado de ascenso de la curva se imagina que nunca terminará. Recuerdo a economistas americanos contándome que habíamos abolido el ciclo de negocios. Y la gente creía eso: que se podía tener crecimiento sin fin.

Que no había un lado de declive. Entonces se quedaron mal preparados.

Estoy interesado en ver lo que pasa en el país de ustedes. Lo que yo sé de la Argentina viene de mi esposa que se crió allí. Lo que la ha atormentado toda su vida es la dictadura militar y sus consecuencias. Y la mayoría de los argentinos que conozco son cincuentones o sesentones, para quienes esa fue la experiencia vivida de su país. Lo que conozco de ustedes son las vivencias del exilio y toda su problemática. Debe seguir siendo un tema muy vivo para ustedes, ¿no es cierto?

Sí, es un tema que está muy presente en la agenda política y pública.

Eso es bueno. Eso es muy bueno. Es un tema muy ambiguo, cómo resolver eso. En Africa del Sur, por supuesto, tuvieron que intentar otro camino, con la Comisión de la Verdad y Reconciliación, en vez de meter a personas en juicios políticos. No puedes conseguir resolución, o un cierre emocional. O sea, la generación se tiene que morir para que haya resolución. Ninguna madre de alguien que ha sido torturado y después tirado al mar va tener un cierre emocional.

No sé si saben esto. Ahora estamos teniendo un momento muy interesante en Alemania. Porque, yo diría, que durante los veinte años subsiguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, los alemanes se enfrentaban al pasado con silencio. Después hubo una especie de rebelión generacional con la aparición del mayo francés. Hubo una especie de discurso sobre el nazismo que era algo así como echarles la culpa a los padres. Eso ahora se ha desvanecido. Lo que me llama la atención sobre los hijos adolescentes de mis amigos hoy es que están intentando recuperar el sentido de esto que en alemán se llama el

Sonderweg . ¿Saben lo que es eso? El *Sonderweg* se refiere a las razones excepcionales que hizo asesinos a los alemanes. Pero ha llevado tres generaciones reconocer lo que pasó cultural y generacionalmente. Tal vez en tres generaciones eso les pasará a ustedes también. No sé. Pero es muy interesante. Y por supuesto, mientras más lejos, estas cosas se vuelven menos personales. Se convierten en relatos nomás, y no en temas personales. Tal vez llegarán a eso. Estoy muy interesado en hablar con ustedes sobre estos temas.

¿El pragmatismo es una forma de luchar contra el capitalismo?

En su origen, en los Estados Unidos, lo fue. Y eso estaba asociado con John Dewey, el filósofo que juntó anticapitalismo y prácticas socialistas; prácticas locales democráticas sociales para armar una filosofía que estaba preocupada por el proceso, por el hacer en lugar de por el ser; con sistemas abiertos de los cuales no sabes qué va salir; y sobre todo, por la igualdad de las personas que están comprometidas en entenderse entre ellas. Para Dewey, quien también fue amenazado por McCarthy, los dos –anticapitalismo y prácticas socialistas– estaban absolutamente unidos.

¿Cuál ha sido su rol dentro del pragmatismo? El pragmatismo comenzó como un movimiento lingüístico con Charles Sanders Peirce, el filósofo, y William James como psicólogo. Dewey lo tomó y le dio un carácter mucho más social. Y después, básicamente, se muere como escuela filosófica. Hasta que en los 90, en los Estados Unidos es revivido por Richard Rorty como una especie de cuestionamiento sobre la idea de las verdades científicas. Y es revivido aquí en Europa por Hans Joas, por mí mismo y

por gente en Dinamarca. Es una especie de retorno a las preocupaciones sociales de Dewey; hacia el aprendizaje recíproco entre las personas, a la cooperación. Ahora tenemos un grupo aquí de personas que son ingenieros, por ejemplo, que se están convirtiendo en pragmatistas, porque les interesan los sistemas abiertos. Ya no es solamente un fenómeno estadounidense.

Y lo que Hans Joas y yo hemos intentado hacer es realmente reorientar el pragmatismo hacia lo que requieren las condiciones sociales y culturales para el trabajo creativo de todos los días. Eso es en lo que se enfoca el pragmatismo. No se trata de ser práctico; es sobre la práctica.

¿Cuáles son sus sugerencias prácticas para la educación de un joven en este mundo?

Me preguntan eso todo el tiempo.

Es una pregunta interesada. Tengo un hijo de tres años. ¿Cómo cree que debería educarlo?

Hágalo carpintero. Un carpintero filosófico. En realidad este tema tiene dos lados. Por un lado está el tema: ¿Qué hace una persona joven en este momento? Y el segundo es: ¿Por qué debería ser un problema para la gente joven hoy? El sistema, de una manera bien neoliberal, ha hecho que la escasez del buen trabajo sea un problema individual.

Para contestar la pregunta les cuento algo que ha estado pasando con mis alumnos. Y son tres cosas. Lo más drástico, porque tenemos en Gran Bretaña una situación terrible para la gente joven recibida de la universidad. La solución más drástica es la emigración. Eso es algo muy

especial para ellos porque Asia del sudeste y el Oriente Medio están contratando a graduados jóvenes que tienen competencia en inglés. Pero la emigración es un cambio de vida drástico. Tengo otros alumnos que están empezando a ver cómo hacer para tener una vida de día y otra de noche. Están en trabajos temporarios durante el día, trabajo para sobrevivir, y después, de noche, hacen las cosas que realmente quieren hacer. Esto ha significado reducir, muy conscientemente, tanto sus niveles de vida como lo que ellos entienden como una carrera. Lo mismo está pasando en Japón, donde este tipo de vida doble está instalándose. La tercera cosa que he aconsejado a mis alumnos acá hacer es perder sus miedos al fracaso. De armar empresas por más que fracasen. Actividades que no tienen un valor económico. Si fracasan, ¿qué más da? Es mejor hacer eso que nada.

¿Cómo llegamos hasta acá?

La respuesta estructural está en lo siguiente: economías modernas, particularmente con la aparición de las computadoras, generan menos trabajo para los trabajadores existentes. Es un hecho de la vida. Y la única forma de enfrentarse con esto es compartir el trabajo. Tomar un trabajo y dividirlo en dos o hasta en tres partes. Después, el Estado tendrá que darle suplementos a los sueldos de los trabajadores por el tiempo que no estén empleados. En otras palabras, hay que sacarse la idea de que un trabajo a tiempo completo es para una sola persona. Tenemos la tecnología para hacerlo.

Me preguntaron al principio sobre la cultura. Acá es donde entra la cultura en este tema. Esta nueva realidad significa que la vieja idea de un *Bildung* —es decir, que eras formado para hacer algo y que te pasabas toda tu vida dedicado a esa cosa— tiene que cambiar. Por estas razones económicas, tienes que pensar en ti mismo como en una

persona a tiempo parcial. Esto es un desafío y requiere mucha voluntad. Por el lado gubernamental esto tiene que significar el fin del neoliberalismo. Porque sólo puedes enfrentarte con los problemas estructurales de demasiadas personas con insuficientes trabajos con un Estado muy activo e intrusivo que organiza el trabajo. Esto no es fantasía. Los holandeses han experimentado ya con esto y también los alemanes y los noruegos. Pero esos son regímenes de capitalismo social en vez de neoliberales. La gente necesita trabajar por un tema de autoestima, más allá del dinero. Vivir de la caridad no es una vida. Entonces tienes, nuevamente por razones culturales, que satisfacer esa necesidad. Pero no la vamos a satisfacer mientras no reconozcamos que necesitamos una reorganización política y social masiva para poder distribuir trabajo. No hay otra forma de hacerlo. Es un tipo de Estado completamente diferente.

Trabajando con máquinas en ámbitos virtuales, ¿estamos perdiendo la capacidad de reflexión?

Bueno, no es culpa de la máquina. Es un cuento familiar en la historia del *homo faber* que cuando consigues una herramienta nueva el primer impulso es decir que la herramienta te reemplazará; dejas que la máquina lo haga todo. Esto no es sólo para las computadoras. Vale también para las máquinas industriales, y antes de eso, pasaba con las herramientas científicas en el principio del Renacimiento. El tema es cómo ser más inteligentes en el modo en que usamos estas máquinas. Allí tengo que decir que el capitalismo realmente ha mostrado su rostro más horrible. Porque tenemos lo que son casi monopolios instantáneos en el mundo de la alta tecnología: Google, Microsoft y otros. Además, son tecnologías cerradas. Es decir, es muy difícil reprogramar cualquier programa se trate de de Microsoft o de reprogramar Google.

¿Sus últimos libros definen y amplían este tema?

Es nuestro problema, y no el de la máquina, repensar cómo podemos usar las máquinas como prótesis, como herramientas, como ayudas en vez de simplemente usarlas para que hagan para nosotros lo que nosotros no queremos hacer... ¿Cómo podemos ver esta tecnología como una amenaza? La amenaza está dentro de nosotros mismos.

Richard Sennett nació en Cabrini Green (Chicago), se destacó desde muy joven como chelista y luego de su paso por el conservatorio Julliard se doctoró en Historia en Harvard a los 26 años. Se reconoce como estudiante de Hannah Arendt, David Riesman y Eric Erikson, y como un continuador de la tradición pragmatista comenzada en la Universidad de Chicago por William James y John Dewey. Combinando así psicología social, sociología, filosofía e historia, la pregunta clave de su agenda de investigación ha sido cómo es que los individuos se convierten en intérpretes competentes de su propia experiencia. Su estilo de escritura aúna las grandes preguntas sociológicas y los grandes autores filosóficos (Diderot, Montaigne, Maquiavelo, la propia Arendt) con material empírico y reflexiones personales. Es profesor emérito de la London School of Economics y profesor de Sociología e Historia en la Universidad de Nueva York. Es uno de los investigadores que ha iluminado de manera más innovadora, creativa y compleja la relación entre capitalismo y personalidad. Desde sus primeras investigaciones históricas –su tesis de doctorado fue un estudio de las disputas entre familias de clase media y planificadores urbanos en la Chicago del siglo XIX– hasta sus últimos libros, Sennett ha utilizado diversos registros –archivos, novelas, entrevistas y observación participante– y cabalgado entre etnografía,

teoría social e historia, para profundizar una serie de hipótesis que recorre toda su obra.

*La primera es que la privatización de la vida pública redundaría en una ausencia de espacios mixtos y heterogéneos donde los extraños puedan encontrarse y reconocerse en sus diferencias. En diversos trabajos (*The Uses of Disorder* ; *Carne y piedra*), Sennett ha analizado cómo la identidad es formada por la ciudad moderna lamentando la desaparición de las organizaciones y los mecanismos intermedios entre lo público y lo privado. La segunda es que las formas de la política que de esto resultan se nutren del código afectivo propio de la esfera íntima y culminan en los líderes carismáticos y autoritarios. En *El declive del hombre público* y *Autoridad* se ha abocado a mostrar cómo el carácter crecientemente abstracto de la vida pública empuja a los individuos a refugiarse en una escala más controlable y a evaluar los patrones de conducta políticos a partir de valores psicologizados, propios de los códigos de autenticidad y expresión libre del espacio familiar. La tercera es que los obstáculos materiales en el mundo del trabajo impiden a los individuos desarrollar sus capacidades al máximo. Esto ya aparece en uno de sus primeros libros (*The Hidden Injuries of Class*) donde indagó los mecanismos sutiles de la explotación capitalista. Es desde allí que ha desplegado la tesis de que el tipo de sociedades en que vivimos (en *La corrosión del carácter* y *La cultura del nuevo capitalismo*) se erige sobre la división absoluta entre la abstracción creciente del mundo del trabajo y el mundo íntimo de las relaciones afectivas, y que la flexibilización del mundo laboral contemporáneo produce personalidades que se atrofian y desfondan.*

*En los últimos años Sennett se ha dedicado a pensar las formas sociales y materiales a partir de las cuales los individuos pueden trascender las limitaciones impuestas. En *Respeto* el autor interroga, desde un registro*

autobiográfico, las posibilidades de interactuar equitativamente en relaciones teñidas por la desigualdad de capacidades y experiencias. En Together , busca los rituales y las formas que fomentan las capacidades cooperativas. En El artesano hurga sobre las consecuencias mentales (y espirituales) de la actividad material, rescatando al artesanado como un modo de vida integral y orientado a una vida virtuosa. Sennett promete que este libro es el primero de una serie dedicada al modo en que la cultura aparece expresada en prácticas materiales y que incluirá también